

a  
MARVEL MORENO  
poeta en parís  
5 de septiembre—25 de diciembre de 1994

Mi siempre admirada y adorada Marvel:

Pasado el impacto inicial que suscitó la lectura de tu manuscrito y que motivaron en mí alegría y entusiasmo —porque volvías con fuerza a la novela— sorpresa, horror y disgusto —por lo que tenía escrito ante mis ojos —, muchos interrogativos quedaron en esa zona de sombra, en ese umbral que separa, levemente, la emoción de la razón. Todavía laten, aún palpitan.

Así es que me asumo la difícil tarea de volver a la carga, como te he prometido, respecto a *El tiempo de las Amazonas*. Me he prolongado más de lo requerido y creo que después de otras dos atentas y parsimoniosas lecturas he de armarme de objetividad (sin perder para nada la pasión) para tratar tremendo problema con la intención de serte útil en algo. Al menos ésto espero. Y te pido lo hagas con el beneficio de la duda pues quien te escribe anda, al igual que tú, en la tentativa inmane, desesperada pero consciente, de afrontar el arte y todas sus implicaciones, con similares intenciones aunque diferentes instrumentos.

Es así como hoy —gracias por tu paciencia en esperar— te llegan algunas pocas palabras meditadas y sentidas después de las primeras impresiones que pueden suscitar, para un lector inadvertido, aceptar o rechazar en modo simplista o maniqueo *El tiempo*... La cosa va más a fondo Marvel querida. Comienzo pues.

De entrada, dejo de lado aspectos secundarios puesto que no los considero vitales para que el libro exista. Llámense errores escriturales, pequeñas deformaciones gramaticales, vicios sintácticos o de extranjerismos. No son la prosodia o la retórica, ni tanto menos la gramática de la Real Academia lo que me preocupa (son nimiedades que se resuelven sin problema), cuanto entrar en la vida de la novela y las vidas que a su vez le dan vida a lo que quiere tener una entidad para ser, en modo autónomo, una NOVELA.

Parto del presupuesto (convendrás conmigo en la imposibilidad de no hacerlo) que he tenido entre mis manos, admirado, leído, gozado, sufrido, deglutido, asimilado, digerido, gustado —con mis limitadas dotes— y, modestamente, editado en Italia, *En diciembre llegaban las brisas* y tus dos libros de cuentos. Vale dicho presupuesto si soy un lector íntegro y cómplice que mira la proyección de la obra en sus particulares y en su totalidad. Tampoco es mi interés comparar pues nadie, cuando se trata de un verdadero artista/escritor, se puede repetir, pero si caer en el vicio de la repetición y de la retórica recalitrante. No es este tu caso con *El tiempo de las Amazonas* pues ni te repites ni eres retórica. Por el contrario, se me ocurre que en este libro pecas, por exageración, de lo opuesto: la excesiva sobriedad, lo escueto de la prosa y la crudeza de lo narrado/vivido.

El ámbito en el que haces suceder el abigarrado y desolador cuadro existencial y vivencial de tu novela se halla exento de colores, perfumes, sabores, texturas, tonos y tintes. En suma: de carne, de carnalidad, de pasión violenta o fría —destructiva o constructiva, no importa—. La sensualidad queda mutilada, el erotismo sucumbe frente a la prosaicidad del sexo efímero e impulsivo. Carece pues, es mi impresión, de algunos elementos necesarios para que una narración se vuelva ficción, como también de aquella voz coral y de ese sentido polifónico que nos has brindado con sabiduría en las otras tres citas que has cumplido como escritora. Tal situación de hecho te conduce a hilvanar una serie de acontecimientos, con la serialidad y la homologación de un catálogo de vicios y deformaciones. Y nada más. Quiero decir con esto que en primera instancia tu novela carece de una atmósfera auténtica y única, sea cual sea, para que en ella cobren vida propia sus protagonistas y cobre su exclusiva y más auténtica originalidad.

Me pregunto ante todo si el entorno es París, o si son los abismos de la interioridad y la introspección. Si fuese París no salta a la vista, si no es por la simple citación de lugares, calles, cafés o bulevares. En el segundo caso predominan el espacio yermo de la nada y las pasiones efímeras custodiadas sólo por la inafidable diosa negra. Sea cual fuere el paisaje escogido, éste debe surgir gracias a los datos escondidos para que el clima existencial y vivencial se perciba. Creo que tamaña ciudad suscite, como cualquier lugar del mundo por infeliz y nimio que sea, emociones, sentimientos, deseos, frustraciones, logros... Pienso que el paisaje urbano o el de la mente y del alma (de la sique, se diría hoy) tengan su encanto y su propia identidad aún en las instancias del

horror. Así como poseen su propia atmósfera que ha de ser restituida por medio de la palabra, el color, los sonidos las imágenes, los recuerdos, las emociones del presente, del pasado, del futuro.

Un metro por ejemplo tiene su vida subterránea, su flora y su fauna que es autónoma respecto a la de la vida en superficie. Un parque no es sólo un lugar con árboles o bancas y vendedores ambulantes de baratijas, baloncitos o caramelos, sino un espacio en el que un escritor —de tu talento y tu talante— puede hacer vibrar a dos seres y no limitarse a describirlo como el sitio donde libremente se besan los enamorados en medio al alboroto de las palomas. Y no creo que sean tan trascendentales tales acontecimientos, aunque sean importantes, para que una persona llegue a tomar una tan trascendental decisión como es la de quedarse para siempre a vivir allí, digo yo.

Un «estudio» como el de Gaby no presenta ningún tipo de peculiaridad ambiental. Tratándose del lugar donde ella, al final, vive consigo misma sus propias identidad e intimidad: ¿Cómo es? ¿Tiene un color? ¿Hay un cuadro colgado en la pared, una cama o un colchón tirado en el suelo? ¿Qué hace allí?, se pregunta cualquiera. ¿Sueña, se masturba, ama, llora en esos 20 (?) metros cuadrados, después de su dolorosa separación/abandono por parte de ese bicho que aparece nombrado como Luis? Se me ocurre que ni siquiera aparece como un espacio de la soledad, la de Gaby. Y no hablo de descripciones o cosas por el estilo.

Un apartamento de la Rue de Bac, creo, se diferencie respecto a otro del Boulevard Raspail o de Rue d'Alesia, sea que se reúnan en él latinoamericanos desarraigados o desgarrados por experiencias vividas en precedencia; sea que lleguen millonarios europeos frustrados e impotentes o la mismísima Reina de Inglaterra: todo cambia siempre según quien y cómo viva, sueñe, ame, odie, coma, duerma en un espacio. Un Café o un Restaurante, nos sucede a todos, suscita recuerdos, momentos de vida vivida, dolores, alegrías o indiferencia. Pero si los manteles son de lino blanco o de algodón con cuadritos blancos y azules las cosas cambian: me invitan a comer allí, a seducir a una persona, a terminar una relación o a permanecer indiferente. Y trata de imaginar si la luz es difusa o directa, si hay velas encendidas, música rock, un llorón cantante de boleros o un negro cumbiambero: todo es distinto. No tengo la menor duda. Una casa en el centro de París no es la misma que una en la costa sur de Francia, en Roma o en Barranquilla.

Del mismo modo los seres se relacionan con su entorno para bien o para mal. Así como cambia todo si se trata del verano, del invierno, de la primavera o del otoño. La luz, la penumbra, el dolor del cuerpo o del alma,

la nieve, el desencanto, una buena nueva, el bochorno, un accidente, una muerte, la lluvia por ejemplo, hacen que los personajes vivan y perciban las mismas situaciones de manera distinta ¿no te parece? A menos que el despojar de un alma propia el entorno para recrudescer los eventos sea del todo intencional. Si así fuere de todos modos produce, la novela tal y como está, una sensación de aridez que no resiste al embate y obligaría al lector a soltarla rapidito.

La trama o *plot* (o como se llame) resiente, se me ocurre, de una suficiente capacidad seductiva que suscite rechazo, aceptación, estupor, intriga, interés en ver en qué va a parar la historia y qué sucede con las tres protagonistas. Quizás por la agobiadora y agobiante presencia de una obsesiva, autoreferente y autocentrada componente biográfica o quizás por la urgente necesidad de «sputtare il rospo» como dirían los cultos italianos. De todas maneras veo el desarrollo de la historia involutivo o, mejor dicho, centrífugo. Una buena novela, creo yo, debe generar una dinámica, hacia dentro y hacia fuera, que es el fin último del arte: comunicar, cuestionar, sugerir, buscar complicidad... Se me ocurre que falte un verdadero hilo de Ariadna para recomponer personajes y situaciones lo cual hace desmerecer en lo más profundo las intenciones mismas de la novela y las tuyas al escribirla. Entre líneas, al menos, se ha de percibir la contradicción que permanece o que pasa, la identidad que perdura, la existencia de un protagonista (héroe es demasiado) no importa si se trata incluso de anécdotas triviales.

Queda fluctuando, me parece, el eco de *En diciembre* y es preciso definirlo o abolirlo, a tí la decisión inalienable. No creo que tú estés buscando escribir una obra que suscite escándalo o que esté destinada a la discusión de críticos y expertos: es con el lector con el que tienes que medirte. Borges dice en su prólogo a *El otro, el mismo*: «Es curiosa la suerte del escritor. Al principio es barroco, vanidosamente barroco, y al cabo de los años puede lograr, si son favorables los astros, no la sencillez que es nada, sino la modesta y secreta complejidad [...] La raíz del lenguaje es irracional y mágica [...] no hay en la tierra una sola página, una sola palabra que lo sea [sencilla] ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad [...] Por lo demás, la literatura no es más que un sueño dirigido». Y concluyo con la citación de Borges, de *El informe de Brodie*: «He renunciado a las sorpresas de un estilo barroco; también a las que quiere deparar un final imprevisto. He preferido, en suma, la preparación de una expectativa o la de un asombro [...] He situado

mis cuentos un poco lejos, ya en el tiempo, ya en el espacio. La imaginación puede obrar así con más libertad [...] por increíble que parezca, hay escrupulosos que ejercen la policía de las pequeñas distracciones...». Creo que valga la pena meditar sobre esto pues tú ya has llegado a la sencillez aun en medio a la complejidad estructural, espacio/temporal, existencial de tus creaturas de antes de *El tiempo de las amazonas*. La cercanía en el tiempo y en el espacio te llevan, quizás en modo inconsciente y tratándose de aspectos de los que has sido actora, a tratar impulsivamente, sin la necesaria decantación y sin tomar distancias frente a la historia misma.

Tal hecho puede suscitar la impresión, en el lector, de encontrarse entre manos con un catálogo de subespecies animalescas si se considera que falta la meditación interior de los personajes que, en esta novela, viven los eventos y se dejan vivir por ellos como fenómenos en los que no se ven involucrados. El resultado, pienso yo, es el de una superficialidad y un enfriamiento o crispación de los personajes mismos que les impide (en medio al desastre) de vivir en modo efectivo: sentimientos y reflexiones no pueden concretizarse en un contexto tal. Tengo la impresión de que es tan realista tu narración que corre el riesgo de caer en lo procaz y basta. Al final uno se encuentra más con una crónica que con una ficción. Quizás por esto mismo la crudeza y la contención del vuelo imaginativo.

El abigarrado corpus narrativo, por ende, pierde su consistencia en la medida en que estructura y tiempo sucumben ante la ausencia de magia (maga lo eres y ¡cómo!), de ese sabor que hay que conferir a través de la palabra, de esos artificios que se resuelven sólo en campo estético, con los elementos propios de la narrativa, y no con una escritura documental o panfletaria (ni qué decir del realismo socialista).

Pienso, sirva como emblema la Torre del italiano: allí se concentraban alegoría, metáfora, misterio, encanto, intriga e invención y no fue necesario para tí describirla o retratarla. Pero aparecen claro, con ímpetu y fuerza, Babel, el hermetismo, lo oculto... hasta la soberbia.

Te pongo un ejemplo: si Ochoa, el ideólogo marxista o Luciani el exiliado los matizas y no se limitan a echar latinajos contra la revolución sería más eficaz como fin último propuesto por la novela ante tal fenómeno: el del poder. Si el oligarca bogotano no te limitas a declararlo como existente en modo enunciativo y ofreces (no se requiere mucho) con pocas pinceladas nerviosas pero profundas su condición, un lector por más desapercibido que sea entiende cómo y quién es: al final lo puede diferenciar de un oligarca francés, por

ejemplo. Igual sucede con los casos del hombre de negocios, del pobre discípulo de Le Corbusier (López) o del psicoanalista que tiene la pinga como un meñique: ¿qué suscita en él tener la pinga así, que no le permite ni siquiera cabalgar en potro de nácar? Pienso que conferir tonos y tintes sea más eficaz que llamarlo con nombre y apellido ¿no te parece? Lo cual no quiere decir necesariamente caer en un descriptivismo impresionista. Por el contrario, creo que la indagación en su entidad psicológica, erótica, anímica, intelectual, física y sentimental, por ejemplo, ayude a conferirle un algo más que puede incluso quedar fluctuando en el contexto de la novela.

¡Ay, Marvel!: y ¿qué decir de la escisión esquizofrénica en tres entidades? Yo leo a Virginia, Gaby e Isabel como un único ser humano que es víctima de la violencia, que siente, sufre, anhela, sueña, come, defeca, emana perfumes y fetores, en suma, VIVE aunque el entorno le sea adverso y su interior esté lacerado en profundidad: en el fondo más profundo de su ser mujer, de su erotismo, de su sensibilidad, de su sexualidad... hasta de su talento por reprimido o castrado que sea vive, pero esto se desdibuja en la secuela de acontecimientos.

Sin caer en lo patético o lo grotesco —no es necesario, como tampoco lo es sublimar— el horror de la experiencia para una mujer de ser violada por un camillero, o el espanto que le crea un hospital ante la vivencia de la muerte y en las condiciones del mismo personaje, o el abandono, la separación, el sabor amargo ante la insatisfacción sexual o la misma ausencia de placer se enuncian pero el narrador no permite que sus personajes hablen, tampoco los maneja sirviéndose de la omniscencia y tanto menos que sobre las experiencias reflexionen o reflexione para otorgarle un poder eclatante a la novela. Es como decirte que la «bomba de tiempo» —que es en sí la novela— no se activa y entonces deja de ser bomba para convertirse en un objeto más con escasos resultados que considero frustrante para un artista. En otras palabras es «como tener mamá pero muerta».

La estructura de la novela es una tríada que se desarrolla en tres décadas. Tal hecho nos hace suponer que los personajes crecen, evolucionan o involucionan, con el paso de los años. Si ellos cambian dentro y todo cambia fuera, o viceversa, es inevitable. Este fenómeno poco se advierte quizás porque el narrador no reflexiona, no indaga, no rebasa el umbral de lo narrado o no crea las condiciones para que el lector lo haga por su cuenta. Es como decirte que hay una linealidad simplista que tiende a achatar todo: el tiempo, el espacio, la vida, el dolor, la alegría, la muerte. Me da la impresión de que, sin darte cuenta quizás por el afán imperioso de

escribir, se te han escapado de las manos los artificios principales de la ficción que son precisamente jugar con los puntos de vista, con avances y retrocesos espacio temporales, con diálogos y monólogos, con presentes, pretéritos y futuros y demás medios de la «cocina» del escritor que manejas a la perfección y con maestría. Así como veo poca eficacia narrativa —lo cual no quiere decir caer en el artificio puro— que es lo que te ando diciendo respecto a Mario: es un gran escritor pues tiene oficio pero se le perdió la gracia y la agudeza que tenía de muchacho. Esto no le sucede a Gabo pero sí, también, al nuevo Moctezuma, el arrogante, que una vez llegó a tu casa para «revisar» y corregir lo que había dicho después de que le hiciste una entrevista.

Releo a Borges —perdona la insistencia pero merece— («Sobre “The purple land”» en *Otras inquisiciones*) y más adelante en el mismo libro «Sobre (hacia) Bernard Shaw»: algunas claves para la reflexión las sugiere con simplicidad. Sería bueno le dieras una ojeada, por lo que se refiere a la discusión del orden secreto que rige una narración y al hecho o menos de que un libro sea algo más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales.

*En diciembre llegaban las brisas* —y se logran percibir levemente rastros de la misma intencionalidad en *El tiempo de las Amazonas*— es una obra, para mí, fundamentalmente poética, es decir no descriptiva, no narrativa, pese al que hayas adoptado algunas de las modalidades aparentes de la descripción y la narración. Se trata de una superunidad poética, un poema en el que los elementos que pones en juego, que montas como un rompecabezas no son palabras sino sintagmas, no son meras unidades fónicas sino estructuras superiores a la frase, al párrafo, al parágrafo, al capítulo que se reconocen más allá del lenguaje. En otras palabras *En diciembre...* es una tentativa totalizadora y totalizante, erigida en modo articulado y complejo en función de un sentido que el lector desentraña y que actúa como principio ordenador de las secuencias individuales, de las unidades narrativas de las protagonistas, de Lina misma. De este modo llevas al lector al reconocimiento e interpretación de un segundo, de un tercer nivel ( y así sucesivamente) que se apuntala en la novela por elementos de tipo simbólico, hermético, alegórico, metafórico etc. etc. Por eso hablo de meta-metáfora del poder, de la soledad, del ansia de amar, del mundo femenino y demás «barrabasadas» que escribí en el «Prólogo per Lina» de la edición italiana. Este es uno de los aspectos mágicos de la novela que tiene sus cimientos en esas ligazones secretas, imperceptibles que te permiten recrear un mundo, reinventarlo en modo autónomo y que sólo se pueden reinventar traicionando el universo mental lógico (gracias al secreto, al don de

la poesía) de la historia de las tres generaciones en Barranquilla que deviene emblema y que hacen de la obra una obra de arte original e irrepetible.

Veamos si sirve el ejemplo: en el encuentro de Gaby con Henry transmites sensaciones, emociones, un clima que se pierde. No regresas al asunto, no lo hilas con la experiencia vivida con Luis, no hay nexos con otras partes de la novela y el resultado es que se desdibuja y se desintegra en los laberintos de la historia que cuentas. Total está destinado a ser otro más de los eventos y punto.

Los personajes más parecen (perdona la inevitable exageración o mi tremendismo apocalíptico) un directorio telefónico que personajes de verdad. No veo ni tipologías, ni caracteres, ni elementos que les confieran vida propia (se me puede alegar que es intencional) pero son magros los resultados ante las expectativas propuestas cuando uno comienza a leer el texto. En el primer capítulo de la primera parte me encuentro con veinte personajes; en el segundo con ventiocho y en el tercero con dieznueve: al final resultan asfixiándose entre sí. Se vuelve, sin quererlo, como un catálogo de venta por correspondencia pues se ve una «foto»: la exterioridad y nada de sustancioso, lo cual impide que un pobre lector los rechaze, admire, se solidarize, los ame o los odie. Para al final darse cuenta que Gaby transcurre su vida esquizofrénica entre la fotografía y las aventuras con individuos anormales; Virginia vive entre su dilema de ser marchand o pintora, esperando pasivamente el príncipe azul de los cuentos de hadas e Isabel en la tentativa infinita de volverse escritora, vegeta recuperándose del trauma de haber sido la amante de un psicoanalista... Lo cual no obsta que la catalogación de la jauría humana me parezca acertada pues «seres así somos, ¡quedémonos perplejos!».

Veamos rápidamente dos casos: el «bicho» López no es ni arquitecto, ni cantante de serenatas, ni amante. Al final resulta siendo sólo un seductor, un fiestero, un calculador, un chulo, un traidor: un emérito frustrado, un bobo alcoholizado. Cosa que no está mal si, al menos una vez, ve y vive espacios pues aunque verosímil su degradación, su mediocridad y su machismo, algo debe tener por dentro si ha amado a un ser como Gaby y ella le ha correspondido. Pienso en el diario del tío Julián y sé que has perdido la ocasión de irlo filtrando entre líneas pues lo único que se concluye es que «seducir era transgredir, dar placer, era desgarrar los velos de la sumisión volviéndolas libres», que si bien es acertado lo considero demasiado poco para un personaje que introduces y prospectas como fascinante, ¿te parece? Emerge, altanera, la solidaridad entre mujeres que se te

resbala de las manos pues al final se revela más una rivalidad que una auténtica solidaridad. Pero no queda el equívoco, la alusión, para que yo lector tire las sumas.

Y todo esto tiene sentido si te reitero que la materia bruta de *El tiempo de las Amazonas* en sí es extraordinaria. En tres décadas vertiginosas —sobre todo para quien como nosotros las han vivido intensamente, que en el fondo es de lo que te ocupas en la novela— el mundo se ha puesto patas arriba. Los paraísos anunciados por ideólogos y politiqueros, de las dos iglesias, se fueron al carajo. El psicoanálisis (manipulado y desnaturalizado) ha demostrado ser una institucionalización del robo y una farsa endemoniada para ayudar a limpiarle la conciencia a los pardos hombres—propaganda del estado. Fuimos y volvimos a la Luna a Marte. Cayó el muro de Berlín (y después de sólo cinco años están dando paso atrás) y la democracia promulgada por los barbilindos newyorkeses se ha revelado como marfalla pura. La droga y el sexo promiscuo degeneraron en evasión hueca y en AIDS. La guerra fría (promovida por las dos superpotencias) se ha puesto caliente en decenas de guerritas en zonas periféricas del mundo, comprendida la nuestra. Y en aquellas céntricas, ahora que todo es unipolar (pero esto no lo pones en juego o en discusión) todo se ha vuelto mierda, moría generalizada: sexo en el jabón y sexo en la cocina, democracia standard, moda de París y de Milán standard y libertad standard. Más adelantos tecnológicos más retraso psicológico. La verdadera guerra, hoy, es la de los medios de comunicación. Mayor riqueza material mayor pobreza espiritual. Más mejoran el champán o el caviar, más empeoran los alimentos del alma. La alienación de que hablaba el pobre Marx se volvió reificación y a todos nos agarró por la espalda, desapercibidos e inconscientes de la gravedad del problema. Picasso y Matisse, como Joyce, Kafka, Rulfo y Macedonio en literatura, se ocuparon de la disolución de los signos de la pintura tradicional y, aparte algunas individualidades (Bacon, De Kooning, Fontana, en parte Caballero p.e.) quién carajos le ha encontrado una salida decente a tamaño reto que anuncia un nuevo advenimiento.

Mira nuestro caso: somos bellos, inteligentes, con talento y nadie se digna concedernos su mirada mientras la mediocridad rampante de las Allendes y los Warhol son la literatura y el arte que cuentan. ¡Qué horror! Pero esto, y nada más, nos debe bastar al menos para seguir en la lucha endemoniada para hacer buena literatura y buena pintura. Aquí el combate es a largo plazo. Que los fariseos de régimen se queden convencidos de ser los

«artistas» en su ceguera y en su insulsa presunción, pues ellos forman ya parte de los pardos hombres — propaganda del estado.

Es tanto como decirte que *El tiempo de las Amazonas* requiere un esfuerzo más, una reescritura de cabo a rabo y hasta las últimas consecuencias. Yo me imagino cómo tú, y sólo tú, puedes darle cuerpo a una idea tan acertada, a una experiencia vivida como protagonista en la que nada tienes que inventar si no es sólo en la puesta en juego de tu imaginación, de tu capacidad para modelarla, para cincelarla y esculpirla con la palabra, Marvel adorada. ¡Que se desborde la imaginación, que broten raudas las imágenes, que emerja viva y secreta la metáfora! Hay un mundo virgen a la espera de que tú, con la inteligencia, el talento y el rigor lo forjen con la disciplina y el temple que posees. Y no debes dudar pues no estás sola en esta empresa y el mundo necesita de buena literatura, de buenas historias bien contadas. El mundo necesita de pocos pero buenos libros, cuadros, films, edificios para sobrevivir ante la violencia que nos ha arrebatado hasta la palabra. Hasta el dolor y el placer nos es vedado. Hasta el sueño, la utopía y el ludus nos ha sido extrapado. De no ser así, es mejor mandar todo al diablo y que nos acaben de pisotear los mediocres, los arribistas, los fariseos de una cultura sin alma como es la que se perfila para el próximo siglo si deponemos las armas de la buena literatura y del buen arte y bajamos la guardia. En suma, si dejamos de vivir, de sufrir, de gozar, de llorar, de pensar, de reír en modo integral como artistas (con la a minúscula). De esto y de muchas otras cosas más te estás apersonando (¿te das cuenta de la Santa Bárbara que te han brindado tus dotes de escritora, tu paciencia, tu sagacidad, tu intuición, tu capacidad observadora y reflexiva?) con *El tiempo de las Amazonas* y, créeme, sería una lástima que quedara a medias, cuando el expendio de energías, hasta ahora, ha sido incalculable.

Bien creo que valga la pena retomar el texto para que toda cobre vida (hasta la muerte, hasta el dolor). Hablo de vida vivida, experimentada, digerida. Así como creo valga la pena retomar mi carta de hace algunos meses: no doy paso atrás ni en lo pensado ni en lo dicho; no dejo de advertir las cualidades de tu novela; no doy paso atrás, tampoco, en mis consideraciones sobre la importancia de tu presencia en el ámbito de la literatura latinoamericana y mundial. Por el contrario, me refrendo y me reitero.

Una digresión: pienso en el título EL TIEMPO DE LAS AMAZONAS. Sugiere, no importa la contemporaneidad, el eco del mito de las amazonas, pero este se desvirtúa pues al final las espléndidas mujeres de tu novela se limitan tan sólo a montar machos, invirtiendo los roles, lo cual se vuelve de un maniqueísmo y de un simplismo que desvirtúa un título tan bello y acertado. Cuando la intención, es una intuición de aspirante a pintor, me parece sea la de elaborar una saga femenina en la que, sin ánimo reivindicatorio, se cuenten estas tres —nefandas, apasionantes, ricas, sugestivas, dolorosas, irritantes y frustradas— décadas vividas en una París que se convierte en emblema de la decadencia moral y material de una clase media o alta (no importa) y de su sociedad progenitora: la de la democracia standard, la de la sexualidad standard, la de la promiscuidad standard: homologación y nivelación en una mediocridad abrumadora e irreparable, de los pardos hombres— propaganda del estado (standard).

Existe mucha obviedad y poca reflexión (mira por curiosidad y es uno de los tantos ejemplos que podría hacerte p. 13/VII), se vuelven simples enunciados. El exiliado cubano, el médico de la OLP, Lebard, Antonio del Corral, Alicia, Carmen, Florence etc. etc. son «caretas» no máscaras emblemáticas de la condición humana, de la decadencia de occidente. Son el producto de una sociedad, la nuestra por gracia o desgracia, que ha llegado a los límites extremos de la civilización y la barbarie: pero nada se cuestiona, nada se desvela, nada se revela en ella que no conozcamos como los dedos de nuestras manos o los laberintos más recónditos de nuestro corazón y que nos brinden a diario mass media y T.V.

Es que esto y mucho más existe en tu alma y en tu cuerpo, en tu mente de ser privilegiado (porque lo eres) aún a pesar de las desgracias y tribulaciones, de los dolores y la pocas alegrías que nos depara la vida: de ello te apropias para escribir una novela. Pues amor mío es preciso ir al meollo del problema, así como te le metiste hasta el tuétano al asunto en *En diciembre llegaban las brisas* con el resultado de haber escrito, por magia, talento, encanto y rigor, una de las mejores novelas del posguerra que hasta hoy yo haya leído.

Y bien lo sabes: no soy apologeta, ni exégeta, ni tribuno, ni académico, ni patriota, ni creyente, ni santo, ni iconoclasta, ni noble, ni mulato, ni esclavo, ni patrón, ni sabio, ni ignorante: sólo un simple ser humano (como los que pueblan tu libro) hambriento de verdades como las que tú sabes proclamar y de mentiras como tú sola sabes inventar. Leyendo tu novela no quiero certezas, no busco riqueza, ni tanto menos pretendo amor. Espero

sólo que tú me despalanques un mundo, un universo o cuanto menos me des motivos para que yo, lector, pueda hacerlo.

Sólo anhelo que Marvel Moreno, mi escritora preferida, llegue a la meta ya prefijada y escrita en el arcano que es lo único que tu amigo «il precolombiano di milano» te desea de corazón: el talento lo tienes, eres bella, inteligente, pícara, generosa, adorable, dotada de tanto talento: haz que todo esto sirva para que *El tiempo de las Amazonas* se convierta en otra historia inolvidable.

Es el único compromiso (si es que existe) en el que creo: que un artista lo sea hasta las últimas consecuencias, con las únicas armas de que dispone: la palabra, la poesía, la dramaturgia del dolor, el guiño irónico, la capacidad lúdica, el desorden, la anarquía, el sueño, el vuelo imaginativo para que la realidad (la real) deje de ser agobiante aunque se convierta en otra realidad (la de la ficción) más enajenadora y violenta. Hasta en las instancias del horror (no pierdas de vista este gran logro) que es el precio mayor de tu novela, destinada a no desaparecer después de que ángeles, arcángeles, serafines y querubines llegarán con su vergas o sus úteros de oro o de plata, de cera o de arcilla, de uva o maíz, a contarnos que también ellos tienen sexo para el descrédito de los sectarios, de los profetas y de los sabios. De Dios y Belzebú.

Sé que no puedes caer en la trampa ni ceder ante un nimio zancadillazo. Sé que estás destinada a escribir esta novela que desde hace años te persigue como el cuento de nunca acabar, como el fantasma con que cargas desde que naciste y el estigma que tienes estampillado en la frente.

Sé también que llegarás a la meta, cómo ponerlo en duda. ¿Acaso Federico murió de mal de ojo? Ahí te dejo el problemita: espero tu respuesta de digna dama.

Y ahí les llega a los dos, de parte de nosotros dos, el más fuerte de los abrazos y todo nuestro amor y nuestra amistad

P.S. Te mando, de mano de Ximena, quien con su presencia te lleva nuestra presencia viva un ejemplar de trabajo en el que marco sólo los errores más visibles y menos importantes. Mi copia llena de tachones coloridos (ya sabes como diablos leo yo, que después ni me entiendo) prefiero tenerla en mi biblioteca con la promesa que te hecho: nadie la leerá hasta que tú no me autorizes. O mejor, hasta que llegue la nueva y definitiva versión de *El tiempo de las Amazonas*.